

Cine y "Cinemascope"

por Sebastián Salazar Bondy

Bien sabido es que la competencia cine-televisión ha sido la que ha obligado a los productores cinematográficos del mundo entero, en especial a los norteamericanos, a buscar nuevos y sorprendentes sistemas de fotografía y proyección. Recuperar al espectador (que amenaza con abandonar las salas públicas y acogerse, en torno al familiar aparato televisivo, a la intimidad del hogar) es la consigna que preside la fiebre de experimentación de que padece en la actualidad la industria del cine. El cine estereoscópico con anteojos bicolores, la pantalla panorámica, el "cinemascope" y el "cinerama", son expresiones de dicho afán revolucionario. Todos estos modernísimos métodos atraviesan por una etapa previa de indagación, y es difícil vislumbrar sus últimos resultados y su definitivo futuro. Por ende, no es justo precisar qué derivaciones provendrán de tales ensayos, sobre todo porque, por ahora, prevalece en ellos un criterio exclusivamente comercial, ajeno lógicamente a todo propósito estético superior.

Esta es precisamente la primera conclusión que se extrae de la presentación en privado del llamado "cinemascope" con sonido estereofónico ofrecida gentilmente el sábado por la "20 Century Fox" a la prensa local. La pantalla habitual ha sido reemplazada por una de mayores medidas, dispuesta en sentido horizontal y con una cierta curvatura. La imagen policromada, sin tercera dimensión, aparece en este "ecran" difundida por un proyector de lente anamórfico, que expande la imagen comprimi-

da captada anteriormente por una cámara "standard" a la cual se ha aplicado el sistema óptico "hypergonar" del profesor Chrétien. Completa la visión el sonido emitido por tres altoparlantes que permiten que la sonoridad se dé en su preciso punto de origen en la pantalla. Gracias a la serie de cortos presentados el sábado, no obstante el hecho de no estar incluidas aún las instalaciones de la sala donde se llevó a cabo la sesión, estamos en aptitud de tener una idea cabal del sistema y procurar un testimonio concreto de su efecto.

Ante todo, el adjetivo que más conviene aplicar a la innovación es el de espectacular. El tamaño de la fotografía se impone rotundamente sobre el público minimizándolo en extremo. Si en el cine tradicional el espectador está como enajenado, en este "cinemascope" su personalidad —su libertad, en una palabra— se halla reducida considerablemente. El sonido, agrandado también (los gritos de la multitud londinense al paso de la reina Isabel II, recién coronada, resonaron en la sala con un estrépito abrumador y hasta desagradable), recae sobre el espectador, quien tiene la sensación de estar maniatado, sujeto por un gigante. Escenas de interiores (interiores fastuosos, de grandes columnas y extensos espacios) y paisajes surgen voraces del enorme cuadro y requieren la atención plena del público, más por la dimensión que asumen ante los ojos que por la belleza que poseen, pues parece que los productores persiguen, en primer lugar, la reproducción minuciosa —e, inclusive, podríamos decir "académica"— de la realidad, magnificada hasta sus límites aceptables. El sentido crítico no está adecuado a tales medidas y en principio se retrae y apaga.

Es curioso comprobar cómo este vuelco de la técnica cinematográfica se enfrenta definitivamente a las corrientes de realismo patético y fantasía mágica que el cine estaba adoptando últimamente. La imagen se entiende en el "cinemascope" tal como se entiende en la postal: una reproducción amable y retocada de la naturaleza. Al servicio de esta concepción convencional e inofensiva de la vida se ha puesto este despliegue de aparatos ópticos, flamantes cámaras y ruidosos altavoces. Y es significativo que cuando no se acude a la interpretación idílica del mundo, se eche mano de la reconstrucción histórica, entendida como derroche de lujos y pompas hechizos. De ahí que emane la convicción de que se trata de reconquistar la popularidad decreciente o perdida no sólo con la ampliación de la pantalla sino también con la obsequiosidad técnica y formal y el halago sin profundidad alguna.

Frente al "cinemascope" como frente a todos los recursos que los productores de Hollywood han puesto recientemente en práctica, se siente la urgencia de inquirir por el porvenir estético de la cinematografía. El cine corriente, el cine en blanco y negro, mudo o sonoro, ha dado algunas obras maestras. Obras maestras más por su sentido que por su calidad técnica. No hace mucho el "Clare-Club" de Lima programó un festival que abarcaba desde "El pan cotidiano" de King Vidor hasta "El acorazado Potemkin" de Sergio Eisenstein, y en ninguna de esas películas, a pesar del tiempo transcurrido de su filmación a hoy, se extrañaba la precariedad de los métodos utilizados en su producción. Por sobre el mero cine campeaba un espíritu creador colmado de magníficas intuiciones. Esas obras maestras de la cinematografía común, sin "glorioso tecnicolor" ni otros elementos desconcertantes, revelaban la presencia del artista, o sea, una pupila penetrante, una imaginación poética y un objetivo trascendental. Claro que cabe esperar que el progreso técnico que implica el "cinemascope" —o el "cinerama"— se vea acompañado pronto por un progreso estético correlativo, puesto que por el momento, conforme lo hemos visto el sábado, sólo representa un encomiable esfuerzo científico y material.

Después de la función privada del "cinemascope", alguien fue preguntado por su opinión al respecto. Con rudeza no muy gentil, aunque con acierto, el interrogado respondió que a su juicio el sistema serviría para hacer las tonterías de una dimensión mayor que la habitual. Era una manera un tanto descomedida de declarar que la técnica que el "cinemascope" entraña aguarda la intervención del poeta. Es decir, del espíritu.